

CAPÍTULO VIII.

Más abajo, siempre más abajo.

Luísa bajaba la gran escalera sin mirar atrás, dirigiéndose siempre, como la piedra en el agua sin fondo, hacia el golfo sombrío que la esperaba abajo. Mr. Gradgrind, informado de la muerte de su mujer, había venido de Londres, y la había enterrado como convenía á un hombre práctico. Después se apresuró á volver á tratar los asuntos nacionales, á fin de descubrir lo que buscaba, para tirar polvo á los ojos de los que buscaban otra cosa.

La señora Sparsit no se daba tregua en su asiduo espionaje. Separada de su escalera durante la semana por toda la extensión del camino de hierro que conducía de la casa de campo á Cokeville, no dejaba por eso de observar los movimientos de Luísa, como una gata los de los ratones. El marido, el hermano, Mr. Jaime Harthouse, los sobres de las cartas y de los paquetes, todo objeto animado ó inanimado que podía tener alguna relación con la escalera, le proporcionaba, sin saberlo, noticias muy útiles.

—Ya tiene V. el pié en el último tramo, señorita (dijo la señora Sparsit, apostrofando con el índice amenazador á la mujer á quien veía bajar); y por mucho que V. haga, todos sus artificios no me separarán de mi objeto.

Sin embargo, fuese efecto del arte, fuese efecto de la naturaleza, gracias al fondo primitivo del carácter de Luísa, ó gracias á los sentimientos que las circunstancias habían creado, es lo cierto que su extraña reserva se burlaba de la penetración de la señora Sparsit, sin dejar de dar estímulo á su curiosidad.

Había momentos en que el mismo Mr. Jaime Harthouse no estaba seguro de comprender el objeto constante de sus desvelos. Había momentos en que no podía leer en el rostro que tanto había estudiado, y en que aquella solitaria joven era para él un misterio más impenetrable que todas las mujeres del mundo rodeadas de un círculo de satélites que les ayudan á disimular.

Mr. Bounderby tuvo necesidad de ausentarse para un asunto que exigía su presencia en otra parte durante tres ó cuatro días. Era viernes cuando dió esta noticia á la señora Sparsit en el interior de la casa de banca.

—Pero (añadió) irá V. á la quinta como de costumbre; en todo y por todo, como si yo estuviese en ella. Que yo esté ó que no esté, viene á ser lo mismo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. A

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—Ruego á V., caballero (replicó la señora Sparsit con tono de reconvención), que no me diga eso. La ausencia de V. establece para mí una gran diferencia, y espero que V. lo comprenderá.

—Pues bien, señora; ya tratará V. de resignarse lo mejor que pueda,—dijo Bounderby, muy lisonjeado con aquella reconvención afectuosa.

—Señor Bounderby, su voluntad es mi ley: de otro modo, hubiera tenido tentaciones de resistir el cumplimiento de sus amables órdenes, no estando muy segura de que la señorita Gradgrind encuentra tanto placer como V. en compartir conmigo su generosa hospitalidad. Pero no tiene V. necesidad de añadir una sola palabra. Iré, puesto que V. me lo ruega.

—¡Toma! Cuando le invito á que venga á mi casa, señora (dijo Bounderby, abriendo los ojos cuanto pudo), me parece que no necesita V. más invitación que la mía.

—Verdad que no; al menos así lo espero. No hablemos más de esto. Únicamente quisiera verle á V. tan alegre como en los tiempos pasados.

—¿Qué quiere V. decir, señora?—preguntó Bounderby con su voz tempestuosa.

—En otro tiempo tenía V. una elasticidad de carácter, cuya falta siento en el alma. Vamos, señor; no hay que volver la vista atrás.

Mr. Bounderby, sufriendo la influencia de

esta recomendación difícil, que la señora Sparsit había acompañado de una mirada llena de compasión, sólo pudo mover la cabeza con aire ridículo; después se le vió tomar cierto airecillo insolente con todas las personas inferiores á quien tuvo que hablar en el resto de la mañana.

—Bitzer (dijo la señora de Sparsit en la misma tarde de aquel día memorable, después que se puso en camino y se cerró la casa de banca); vaya V. á ofrecer mis respetos al joven Tomás, y preguntarle si quiere subir á compartir conmigo la cena.

El joven Tomás, que estaba siempre dispuesto á admitir invitaciones de este género, dió las gracias atentamente, y poco después se presentó en la estancia.

—Señor Tomás (dijo la señora Sparsit); al ver este refrigerio en mi casa, se me ocurrió que V. podría caer en la tentación de probar algo.

—Gracias, señora,—dijo Tomás.

Y se puso á comer con aire sombrío.

—¿Qué tal está Mr. Harthouse?

—¡Oh! muy bien.

—¿En dónde cree V. que estará ahora?—preguntó la señora Sparsit con tono ligero, después de haber abandonado á Tomás á las divinidades infernales, para enseñarle á ser más comunicativo.

—Está cazando en el Yorkshire (contestó To-

más); ayer le envió á mi hermana una cesta de caza tan grande como la torre de San Pablo.

—Sólo con verlo se adivina que Mr. Harthouse es un diestro cazador,—dijo la señora Sparsit con afabilidad.

—Famoso,—respondió el joven.

Desde su más tierna edad, Tomás había tenido algo de falso en la mirada; mas de algún tiempo á aquella parte este defecto había aumentado tanto, que no podía mirar á nadie frente á frente por espacio de tres minutos consecutivos. La señora Sparsit, pues, tenía mayor facilidad para observarle á su satisfacción.

—Mr. Harthouse ha sido desde luego muy simpático para mí, como lo es para todas las personas que le tratan. ¿Podemos tener la esperanza de verle pronto, señor Tomás?

—Sí tal; le espero mañana.

—¡Oh! Esa es una buena noticia,—exclamó la señora Sparsit.

—Estoy citado con él por la tarde aquí cerca, en el desembarcadero (dijo Tomás); y creo que en seguida comeremos juntos. No parecerá por la casa de campo en ocho ó diez días; al menos así me lo ha dicho. Sin embargo, no me extrañaría verle por allí el domingo.

—Á propósito: ¿se acordará V. de un encargo que voy á darle para su hermana?

—Señora.... procuraré acordarme (respondió

Tomás de muy mal humor); con tal de que el encargo no sea muy difícil de retener en la memoria.

—Sólo se trata de ofrecer mis respetos á su hermana de V., y prevenirle que temo mucho que no me sea posible ir á molestarla con mi presencia esta semana; estoy aún afectada de los nervios, y haré muy bien en quedarme sola con mi tristeza.

—¡Oh! Si no es más que eso, poco se pierde con que olvide la comisión, porque es probable que Luisa sólo piense en V. cuando la tenga delante.

Después de haber pagado con este amable cumplimiento el refrigerio que le ofreció aquella buena señora, se encerró en el más completo silencio, hasta que se acabaron los postres, y entonces exclamó:

—¡Señora, necesito marcharme!

Y, efectivamente, se fué.

Al día siguiente, que era sábado, la señora Sparsit lo pasó en la ventana, viendo pasar los transeuntes, dándose cuenta del tráfico general de la calle, resolviendo una infinidad de cosas en su cabeza, y, sobre todo, no perdiendo jamás de vista la escalera.

Llegada la noche, se puso el sombrero y el mantón, y salió tranquilamente: sin duda tenía razones especiales para rondar furtivamente al-

rededor de la estación en que debía desembarcar un viajero que llegaba de Yorkshire, y para elegir su punto de observación detrás de los pilares ó en los rincones ó detrás de las vidrieras de los salones de descanso, más bien que mostrarse abiertamente donde todos esperaban.

Tomás estaba allí, y esperó hasta la llegada del tren en cuestión. Aquel tren no condujo á Mr. Harthouse. Tomás esperó á que la concurrencia se dispersase, á que el tumulto se apaciguara; después consultó con una lista de la llegada de los trenes, y se informó de los empleados. En seguida se alejó lentamente, se detuvo varias veces en el camino, miró á derecha é izquierda, se quitó y se puso el sombrero, bostezó, se estiró, y presentó, en fin, todos los síntomas de ese fastidio mortal que debe experimentar un hombre condenado á esperar el tren siguiente, es decir, una hora y cuarenta minutos.

—Esto ha sido un pretexto para que el hermano no les incomode (dijo la señora Sparsit, saliendo de la estación, donde no había perdido de vista á Tomás). En este momento Harthouse está con su hermana.

Este fué un rayo de luz, y se lanzó con toda la rapidez de que era capaz, á fin de consignar si era fundada su sospecha. La estación del camino de hierro que pasaba por la casa de cam-

po, se encontraba al otro extremo de la ciudad; el camino era trabajoso, y no tenía tiempo que perder; pero estuvo tan pronta para apoderarse de un fiacre, tan lista para bajar, sacar el dinero, tomar billete y saltar en el vagón, que fué arrastrada de la misma manera que si la hubiese arrastrado una nube.

Durante todo el camino vió ante ella, inmóvil en el aire, su escalera fantástica y la mujer que iba bajando los peldaños: no perdió de vista ni á la una ni á la otra un solo instante. Cuando llegó, ya Luisa estaba casi en el último escalón; se mantenía milagrosamente al borde del abismo.

La noche aquella, una noche nebulosa de otoño, vió á la señora Sparsit deslizarse fuera del vagón, bajar las gradas del pequeño desembarcadero, atravesar la vía para entrar en un paseo de acacias, y permanecer oculta tras de las ramas y de las hojas de un grupo de arbustos. Uno ó dos pájaros, que aún no dormían, trinaban en sus nidos con acento perezoso; un murciélago que pasaba y repasaba á su alrededor con vuelo tardo, y el ruido sofocado de sus propios pasos en el denso polvo, sobre el que se andaba como sobre terciopelo, esto fué todo lo que vió y oyó la señora Sparsit hasta el momento en que cerró suavemente una reja.

Se acercó á la casa, siempre escondiéndose tras los arbustos, y dió la vuelta al edificio, exa-

minando al través de las hojas las ventanas del piso bajo. La mayor parte de las ventanas estaban abiertas (no se acostumbraba á cerrarlas en un tiempo tan caluroso); pero aún no se veía luz alguna, y todo continuaba en silencio.

Recorrió el jardín, sin obtener resultado, más lisonjero. Entonces pensó en el bosque, y se dirigió á aquel sitio á paso de lobo, sin cuidarse de las hierbas, ni de las espinas, ni de lo escabroso del terreno, ni de los insectos que lo cubrían. Adelantaba con tanta prevención y de tal manera absorbida por su idea constante, que aunque el bosque hubiera sido un bosque de víboras, no por eso hubiera retrocedido.

¡Silencio!

Los pájaros pequeñuelos hubieran podido caer fácilmente de sus nidos, fascinados con el brillo de los ojos de la señora Sparsit: tanto su resplandor era vivo y luciente en las sombras de la noche, cuando aquella mujer se detuvo para escuchar.

Estaban hablando muy cerca de allí. Reconoció las voces de Luísa y Jaime.

—¡Hola! ¡hola! Ya se ve que la cita dada á Tomás era solo un pretexto para que no les incomodase. Estaban allí los dos, cerca del árbol derribado.

La señora Sparsit se agachó, á fin de permanecer oculta entre la hierba húmeda de rocío, y

se acercó más. Después se levantó, y se puso detrás de un árbol, como Robinsón Crusóe cuando se puso en emboscada para aguardar á los salvajes. Estaba tan cerca de ellos, que, á haber dado un paso más, hubiera podido tocarlos con la mano. Harthouse estaba allí de incógnito; no había parecido por la casa. Había venido á caballo, y tuvo necesidad de atravesar los campos vecinos, porque el animal estaba atado á algunos pasos de aquel sitio, en una pradera.

—Amor mío (le decía Harthouse). ¿Y qué quería V. que hiciese? Sabía que estaba V. sola, y no he podido dejar de venir.

—Baje V. la cabeza cuanto pueda (pensó la señora Sparsit), á fin de darse más atractivo; por mi parte no veo; pero no dudéis de que dos ojos atentos están fijos sobre vosotros.

Luísa bajaba la cabeza, en efecto; pedía encarecidamente á Harthouse que se alejase, que se fuese, pero sin volver la cabeza hacia él, sin levantarla siquiera.

Sin embargo, ¡cosa rara!: la noble señora emboscada tras del árbol, jamás, en ninguna época de su vida, había visto á Luísa permanecer más tranquila que en aquel momento. Tenía cruzadas las manos, inmóviles como si fuesen de una estatua, y ni aun su palabra anunciaba la menor turbación.

—Amor mío (decía Mr. Harthouse: la señora

Sparsit vió con placer que el brazo del joven rodeaba la cintura de Luísa) : ¿no consentirá V. que permanezca unos instantes á su lado?

—Aquí no.

—Dígame V. en dónde.

—Aquí no.

—Es que es tan corto el tiempo de que podemos disponer, ¡y vengo de tan lejos! : vea V. mi abnegación y mi desinterés. Nunca el esclavo más sumiso se vió maltratado de este modo por su señora. Después de haber esperado este recibimiento afectuoso que me ha devuelto la vida, verme despedido con la frialdad de otras veces. Eso parte el corazón.

—¿Cuántas veces me obligará V. á repetir que quiero estar sola en este sitio?

Se estremecieron ambos. La espía temblaba también como una culpable, porque creyó que estaba otro espía oculto entre los árboles. No era más que el ruido de la lluvia, que empezaba á caer en espesas gotas.

—¿Quiere V. que vuelva á montar á caballo, y que me presente ahora en la casa con el necio pretexto de que el dueño tendrá mucho gusto en verme?

—No.

—Esas órdenes crueles serán ejecutadas al pié de la letra, aunque en este momento me puedo considerar como el hombre más desgraciado

del mundo. ¡No haber sido insensible con todas las demás mujeres más que para verme al fin subyugado á los piés de la más hermosa, de la más amable y de la más ingrata! Mi querida Luísa, no puedo consentir en que nos separemos, mientras V. haga semejante abuso de su poder.

La señora Sparsit le vió detener á Luísa con el brazo que le rodeaba la cintura; le oyó en seguida declarar que la adoraba, que era el único objeto por quien él lo sacrificaba todo, incluso su vida. El afán constante de todos sus deseos nada era comparado con su amor. Sólo se ocuparía en adelante en buscar medios que le acercaran á Luísa, y renunciaría á todas sus esperanzas, si tuviera que alejarse de aquellos sitios; luciría si ella quisiese lucir con él, ó rodearía su amor de misterio si ella se lo mandase; aceptaría la suerte que quisiera imponerle, aunque fuera muy dura; todo le era igual, con tal de que se abandonase fielmente al hombre que había comprendido su sacrificio y su alejamiento del mundo; al hombre á quien había inspirado desde los primeros días una admiración, un interés que él mismo se juzgaba incapaz de sentir; al hombre que había obtenido su confianza, y que la merecía por su abnegación y por su pasión ardiente.

Todas estas palabras, pronunciadas y escuchadas con precipitación, fueron recogidas por

la señora Sparsit, á pesar de la turbación de su malicia satisfecha, del temor de que la descubriesen, del ruido creciente de una copiosa lluvia sobre las hojas, y de una tempestad que se acercaba rugiendo.

La señora Sparsit las recogió todas, pero de tal modo envueltas en una niebla tan impenetrable de confusión, que cuando Mr. Jaime Hart-house fué por su caballo, la espía, á falta de no estar bien segura del sitio ni de la hora precisa en que los amantes debían volver á verse, logró, sin embargo, adivinar que se habían dado cita para aquella misma noche.

Pero uno de ellos permanecía aún cerca de la señora Sparsit en medio de la oscuridad, y mientras pudiera seguir las huellas de Luísa, no había peligro de equivocarse.

—¡Oh, amor mío! (pensó la señora Sparsit): ¡qué poco sospecharás que llevas tan buena escolta!

La señora Sparsit vió á Luísa salir del bosque y entrar en la casa. ¿Qué hacer entonces? La lluvia se había convertido en un verdadero diluvio. Los bajos de la señora Sparsit habían tomado tintas de diferentes colores sobre un fondo verde; arroyos corrían por su sombrero y su nariz romana. Todo esto no impidió que aún fuese á ocultarse entre los arbustos, para reflexionar sobre lo que podría hacer.

¿Pero no es Luísa quien sale de la casa? Apenas ha tenido tiempo para tomar un mantón y envolverse en él, y ya sale de la quinta. Va á reunirse con su amante. Sus piés abandonan el último peldaño de la escalera. Miradla precipitada en el abismo.

Andando, á pesar de la lluvia, con paso firme y veloz, abandona el paseo de árboles para tomar por una senda paralela. La señora Sparsit la sigue á favor de las sombras de la noche, pero á corta distancia: hubiera tenido miedo de perderla de vista, pues la joven corría en aquella oscuridad tenebrosa.

Cuando Luísa se detuvo para cerrar sin ruido la verja, la señora Sparsit se detuvo también. Cuando Luísa continuó su camino, la señora Sparsit hizo otro tanto. Luísa tomó para irse el mismo camino que había traído la señora Sparsit. Atravesó la carretera, subió las gradas de madera que conducían al camino de hierro. La señora Sparsit sabía que el tren con dirección á Cokeville no tardaría en pasar; adivinó, pues, que Cokeville iba á ser su primera etapa.

En el estado deplorable del traje de la señora Sparsit, pocas precauciones eran necesarias para conseguir que nadie la conociese; pero se detuvo á la sombra de la pared de la estación, sacudió la ropa, se echó el sombrero hácia la cara, y arregló un poco el peinado, procurando darle

una forma distinta de la de costumbre. Disfrazada de este modo, pudo, sin temor de ser reconocida, subir la escalera y pagar su asiento en el despacho de billetes.

Luísa esperaba sentada en un rincón, y la señora Sparsit en otro. Ambas oían la tempestad que rugía con violencia, y la lluvia que resbalaba por el techo ó azotaba los parapetos de las arcadas. Las luces, en su mayor parte apagadas por el agua y el viento, les permitían ver en todo su esplendor el relámpago que temblaba serpenteando en los raíis.

Pero muy pronto la estación tiembla, y no tarda en palpar como un corazón enfermo: es que llega el tren. Fuego y vapor, un silbido formidable, una luz roja, un gran estruendo y el sonido de una campana, todo esto se escucha á un mismo tiempo, y Luísa entra en un vagón, la señora Sparsit en otro: la estación no es otra cosa que un puerto desierto, perdido en la tempestad.

La humedad y el frío hacían tiritar á la señora Sparsit; mas no por eso dejaba de sentir alegría en el corazón. Luísa había caído al fondo del precipicio, y en cierto modo le parecía á la buena señora que solo tenía que vigilar un cadáver. Después de haber desplegado tanta actividad para organizar aquel triunfo fúnebre, ¿cómo no hubiera sentido alegría en el corazón?

—Llegará á Cokeville mucho tiempo antes que él (pensó la señora Sparsit, cuando el tren se detuvo en la estación de la ciudad); por muy ligero que sea el caballo de nuestro enamorado, no puede habernos tomado la delantera. ¿Adónde irá á esperarle? Y después, ¿adónde irán? Paciencia: ya lo veremos.

La lluvia era tan copiosa, que causó mucha confusión cuando el tren llegó al lugar de su destino. Las cañales eran verdaderos torrentes, los sumideros estaban atascados, y las calles inundadas.

Desde que echó pié á tierra, la señora Sparsit dirigió una mirada de desesperación á los carruajes que esperaban á los viajeros, y á los cuales todo el mundo se precipitaba en desorden.

—Probablemente subirá en un fiacre (dijo), y desaparecerá antes de que yo haya tenido tiempo de seguirla en otro. Aun á riesgo de que me atropellen, quiero ver el número del coche, y enterarme de las señas que da al cochero.

Pero la señora Sparsit se engañaba en sus cálculos. Luísa no montó en un fiacre; había ya partido á pié. Los ojos negros, fijos en el vagón en que había viajado, no habían sido bastante diligentes.

Al cabo de algunos minutos, viendo que la portezuela no se abría, la señora Sparsit pasó y volvió á pasar por delante del coche, sin conse-

guir ver nada; acabó por mirar en el interior, y encontró el vagón vacío. Hela aquí, fría hasta los huesos, con los piés tan mojados que le hacían chis chas en los zapatos, el sombrero arrugado como una breva, y con toda la ropa estropeada; y en premio de todo cuanto había sufrido, no tuvo otro recurso que verter un torrente de amargas lágrimas, gritando:

—¡La he perdido!

CAPÍTULO IX.

La caída.

Los trabajadores del taller nacional, después de haberse divertido los unos con los otros en mil pequeños combates muy encarnizados, se habían dispersado momentáneamente, y Mr. Gradgrind fué á pasar á su casa las vacaciones.

Estaba escribiendo en la estancia, adornada con el reloj lúgubrementemente estadístico, sin duda para probar alguna cosa. Quizás, en suma, procuraba demostrar que el buen Samaritano era un mal economista.

El ruido de la lluvia no le distraía mucho; pero llamaba lo bastante su atención para hacerle levantar la cabeza de vez en cuando, como para reñir á los elementos. Cuando la tormenta sonaba con fuerza, miraba hacia Cokeville, persuadido de que el flúido eléctrico podría derribar alguna de las corpulentas chimeneas.

La tempestad rodaba á lo lejos, y la lluvia caía como un diluvio, cuando la puerta de la estancia se abrió. Miró por debajo del quinqué que